

camino es el que sigue Jesucristo, acercándose á otro árbol y haciéndolo libremente; porque si abusando de su libertad cayó el hombre, como dice San Agustín (1), usando rectamente de ella, debe subir, y subir tanto, que no solo sea una imágen de Dios, sino hijo suyo, participante de su divina naturaleza. Al hacerlo el segundo Adán, que representa en su persona á todo el género humano (2), da pasos opuestos á los del primero, para apartarle del árbol de la ciencia, que produce la muerte, y llevarle al de la Cruz, que da la vida. El orgullo, la sensualidad, la desobediencia, formaron el camino de Adán; la humillación, el tormento, la obediencia, forman el de Jesucristo.

Miradle: siendo igual á Dios, se humilla á sí mismo, se anonada haciéndose hombre (3), y para humillarse mas y mas en presencia de su Padre, se carga con los pecados de todos los hombres (4), y se hace como el último de ellos (5), como el desecho de la plebe, exclamando por boca de David: Soy un gusano mas bien que un hombre (6). ¡Qué abatimiento! ¡Qué humillación! ¡Oh soberbia, cuánto cuestras al Hijo de Dios, que se ofrece á expiarte!

Postrado en el huerto, toca su frente en el suelo como avergonzado y temeroso, á la manera de Adán escondido entre los árboles, y no atreviéndose á mirar á su Padre, cual si fuese un criminal indigno de estar en su

(1) Sua potestate uti voluit: præceptum rumpere delectavit. (S. August. in Ps. LXX.)

(2) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine culpa. (S. Leo, Serm. 8 de Pass.)

(3) Philip. II, 6, 7.

(4) Isai. LIII, 6, 12.

(5) Id. id., 3.

(6) Psalm. XXI, 7.

presencia (1). En este estado ve delante de sí el árbol que le muestra el Padre, ve la Cruz, y en ella no un fruto hermoso y que promete delicias, sino amargo sobre toda amargura, el pecado, y los tormentos que su expiación exige. El Padre le propone beber ese cáliz, comer ese fruto. ¡Qué lucha en el corazón de Jesús! El Evangelio nos la expresa con la palabra agonía, que significa lucha, combate interior (2). Adán y Eva lucharon entre la voluntad de Dios y el deseo de comer la fruta, para sentir su dulzura y probar sus consecuencias. Jesús, dice Santo Tomás, lucha permitiendo á su voluntad humana sentir repugnancia á la Cruz, y mirando á la voluntad divina con el deseo vivo de cumplirla (3). ¡Qué lucha, repito, tan terrible! Ella le postra en tierra, y oprime su corazón, y hace que de todo su cuerpo brote la sangre con tormento inefable de su alma (4). Tormento que es la expiación de la sensual complacencia de los primeros padres á vista del árbol, y tormento, dice Santo Tomás, equivalente á todos los pecados del mundo,

(1) Cecidit in faciem suam, scilicet prono ac prostrato in terra corpore, faciem terræ affigens, ut onus immaue peccatorum nostrorum, quod ipse in se susceperat, repræsentaret.... ut ipse quasi reus et pœnitens pro nobis se sisteret Patri, eique totum se ad castigationem offerret. (A Lapide, in cap. 26 Matth.)

(2) El texto griego lo expresa mejor: *cum esset in agone*.—Agon lucta est, sive certamen. Est colluctatio quædam sensus et naturæ Christi delicatissimæ horrentis mortem, pœnas et ignominiam cum ratione superiori ad Dei gloriam et mundi salutem acceptante mortem, atque adeo illum vincente de illoque triumphante. (Salmeron, lib. X, tract. 15 in Evang.)

(3) Fuit in Christo agonia secundum ad partem sensitivam, secundum quod importat timorem infortunii imminenti.... Quod aliqua voluntas humana in Christo aliud volebat quam ejus voluntas divina, procedebat ex ipsa voluntate divina, cujus beneplacito natura humana propriis motibus movebatur. (S. Thom., 3 p., q. 18, a. 6 ad 3 et ad 1.)

(4) Luc. XXII, 44.

porque habiéndolos tomado todos sobre sí para espiarlos, tuvo tanto dolor en su corazón contemplando su gravedad y las penas que merecen, como si él mismo los hubiera cometido (1).

¿Quién triunfará en esa lucha? ¿Acaso, como en Adán, la voluntad humana, que rehusa el padecer y ama naturalmente el goce? ¡Ah! no: triunfa el deseo de cumplir la voluntad divina que exige el sacrificio. Habiéndose puesto delante el goce prefirió la cruz, menospreciando la confusión que la acompaña (2). Por ello exclama: Padre, no como yo quiero, sino como tú; no como desea la flaqueza de la carne, sino como tú lo quieres: hágase tu voluntad (3). Repite en su corazón lo que dijera al entrar en el mundo: Me has formado un cuerpo para que te lo sacrifique por los pecados del mundo; he aquí que yo quiero y estoy pronto á cumplir tu voluntad (4); y prolonga su oración hasta que se declara la victoria por el sacrificio y la obediencia. Entonces se levanta, y se dirige en busca de la cruz, más ansioso que los primeros padres en busca de la fruta prohibida; y en prueba, dice San Jerónimo, de que se ofrece porque quiere, y acepta gustoso el sacrificio, se acerca á sus discípulos y les dice: Ea, levantaos, vamos; el que me entrega está cerca (5); y se adelanta al encuentro de los que vienen

(1) Doloris interioris causa fuit primo quidem omnia peccata humani generis pro quibus satisfaciebat..... qui dolor in Christo excessit omnem dolorem eujuscumque contriti..... quia pro omnibus peccatis simul doluit. (S. Thom., 3 p., q. 46, art. 6 in corp. et ad 4.)

(2) Hebr. XII, 2.

(3) Matth. XXVI, 39, 42.

(4) Hebr. X, 5, 7.

(5) Securus de passione sua pergat ad persecutores: ultro se interficiendum præbet, dicitque discipulis suis: *surgite, eamus*, etc.: ne nos inveniant quasi timentes et retrahentes, ultro pergamus ad mortem, ut confidentiam et gaudium passuri videant. (S. Hieron. in Matth., c. 18.)

á prenderle, sabiendo todo lo que le esperaba en la carrera de su pasión (1).

¡Victoria, triunfo admirable! Jesús ha dicho: *Fiat voluntas tua*, y esta voz de la cabeza de la humanidad, dice San León, es la salud de todo el cuerpo (2). Está vencido el orgullo, está vencida la sensualidad y vencida la desobediencia, y el hombre, apartándose del árbol funesto que los engendrara, corre hácia el árbol que ha de acabar con ellos y destruir su imperio. Cada paso que da el segundo Adán hácia ese árbol es una nueva victoria, siendo una nueva expiación que aplaca á Dios, y le inclina benigno hácia el hombre. Con la palabra de la obediencia ha abrazado en su corazón la humillación y el tormento, y no retrocede en su camino para obrar la salud del mundo.

¿Quereis ver esas humillaciones, esos tormentos con que paga Jesucristo nuestros pecados? Seguidle y vereis, dice San Buenaventura, que no hay cosa en el mundo que sea reputada más vil que el Señor del mundo (3). Arrastrado como un facineroso á los tribunales, en que son jueces los que juraron su muerte (4), es tratado de blasfemo y de perturbador (5). Se le escupe al rostro, se le abofetea, se le cubre con paños inmundos (6), y se le colma de oprobios tales, dice San Jerónimo, que jamás podremos saberlos hasta el fin del mundo (7). ¡Oh hom-

(1) Joann. XVIII, 4.

(2) Vox capitis salus est totius corporis. Hæc vox omnes fideles instruxit, omnes confessores accendit, omnes martyres coronavit. (S. Leo, Serm. 7 de Pass.)

(3) Nihil vilius in mundo æstimatum est Domino mundi. (S. Bonav., de perf. vita, 6.)

(4) Joann. XI, 50, 53.

(5) Matth. XXVI, 65.—Luc. XXIII, 5.

(6) Matth. XXVI, 67.—Luc. XXII, 64.

(7) S. Hieron. apud Tauler.

bre! exclama Orígenes, por tu orgullo criminal, por tu rebelion indigna, merecias sufrir todas estas infamias, y Jesus las toma para sí á fin de librarte de ellas (1). El pecado, añade San Cirilo, nos habia deshonrado, y esta deshonra la borran los oprobios de Cristo. La mancha de nuestra prevaricacion la limpia la bofetada que Cristo recibe (2). Admite las inmundas salivas en su rostro, escribe San Gerónimo, para lavar el rostro de nuestra alma. Consiente que se le cubra con paños inmundos, para arrancar el velo de iniquidad que cubre nuestro corazon. Y recibe los golpes en su cabeza, para sanar á Adán, cabeza del género humano (3).

Pasad adelante, y le vereis pospuesto á un ladron y asesino, azotado como un esclavo, y como esclavo criminal, cuya forma tomó al efecto, dice San Buenaventura (4), coronado por burla como hombre que quiere reinar y no puede (5), y hasta el último suspiro acompañado del insulto, del oprobio y de la blasfemia. Ha querido deshacer la obra de Adán, y por ello acepta todas

(1) Faciem non avertens a confusione sputamentorum, ut nos, arbitrator, qui digni fuimus omnes has infamias pati, erueret, ipse pro nobis patiens ea. (Origen., *Hom. 35 in Matth.*)

(2) Ejus rei eramus ignominiae, quippe qui in Adamo peccaveramus conculcato divino mandato.... Hærentem nobis prævaricationis labe, primigenique illius peccati noxa ignominiam, alapa per ignominiam Christo inflicta delevit. Unus enim instar omnium pro omnibus ignominiam subiit. (S. Cyril. Alex., *lib. 11 in Joann.*, seu *Hom. in c. 18 Joann.*)

(3) Ut velamine faciei suæ, velamen cordium nostrorum auferret; et sputaminibus susceptis faciem animæ nostræ lavaret; et colaphis, quibus in caput percussus est, caput humani generis, quod est Adam, sanaret. (S. Hieron., *seu alius ejus nomine in Marc.*)

(4) Non solum formam servi accepit ut subesset, sed etiam servi mali ut vapularet. (S. Bonav., *de perf. vit. 6.*)

(5) Illudebant ei tanquam volenti regnare et non potenti. (Id. *Medit.*, cap. 66.)

estas humillaciones y afrentas (1), sufriendolas en silencio (2), como hombre que no oye, y que no tiene palabra que responder (3), y como oveja llevada al matadero (4). No contento con ello, dice el Crisóstomo, ha querido que el Evangelio con suma diligencia nos refiera sus oprobios y humillaciones, para que comprendamos que se gloria de sufrirlas por nosotros, y como incitándonos á grabarlas en nuestra memoria para imitarle (5).

Con igual ardor y constancia abraza el tormento que acompaña á estas humillaciones. Fijaos tan solo en los azotes, en las espigas, en los clavos y en la hiel. Mirad, dice San Agustin; él mismo se prepara para recibir los azotes. Ya caen sobre su delicadísimo cuerpo, ya los golpes rompen la sagrada piel, ya el látigo, bárbaramente manejado por los verdugos, abre las espaldas, y de las multiplicadas heridas brotan rios de sangre (6). Espectáculo terrible al mundo, á los ángeles y á los hombres, dice el Abad Ruperto. El príncipe de la libertad es azotado por los esclavos del pecado, para pagar las culpas de

(1) Adam enim primus et Adam secundus.... ille per superbiam cupiditatem iter fecit ad miseriam, hic per humilitatis fortitudinem iter paravit ad gloriam. (S. Leo, *Serm. 18 de Pass.*)

(2) Matth. XXVI, 63.—Marc. XIV, 61.

(3) Psalm. XXXVII, 15.

(4) Isai. LIII, 7.

(5) Sublimem discipulorum philosophiam admirare qui adeo exquisite ista referunt, cum ea quæ turpissima videntur ad unguen exposuerint, nihil celantes nec erubescens, sed eximiam putantes gloriam; et profecto eximia est quod Dominus orbis talia pro nobis pati voluerit.... Sæpius oro hæc attente audiamus, et in cordibus nostris conscribamus: hæc enim pulcherrima et gloriosissima sunt. (S. Joann. Chrysost., *Hom. 7 de Pass. in Matth.*)

(6) Ecce Dominus aptatur ad verbera: ecce jam cœditur: rumpit sanctam cutem violentia flagellorum, repetitis ictibus crudelia verbera scapularum terga conscindunt. (S. August., *in Caten. aurea.*)

estos (1). Contemplad su corona. Sus espinas figura de nuestros pecados, dice Orígenes (2), taladran su cabeza por cien partes llegando al cerebro, mientras los soldados la golpean con furor, y la sangre cubre su rostro entumecido por las bofetadas. En verdad, exclama Isaías, tomé sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros pecados, y le reputamos como leproso herido por Dios y humillado. Fue llagado por nuestras iniquidades y quebrantado por nuestros pecados. Todos como ovejas nos estraviamos, cada uno se desvió por su camino, y el Señor cargó sobre sí las iniquidades de todos. Se ofreció porque quiso y no abrió su boca. El castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados (3).

De este modo llega el nuevo Adan al árbol donde se ha de consumir la obra de nuestra redencion. Los primeros padres, acercándose al árbol del paraíso, alargaron su mano, cogieron la fruta vedada y saborearon su dulzura engañosa, que les produjo la muerte. El nuevo Padre del género humano, Jesucristo, se acerca también al árbol de la cruz y la abraza con amor, no esperando, dice Santo Tomás de Villanueva, á que la pongan sobre sus hombros (4). La abraza, como arma que empuña para exterminar la muerte que nació de otro árbol, y

(1) Grande spectaculum mundo, et angelis, et hominibus, ut a servis peccati princeps libertatis servilibus modis conscinderetur. (Rupert. Abb., in cap. XIX Joann.)

(2) In spinea illa corona suscepit spinas peccatorum nostrorum intextas in capite suo..... ut jam non sint spinæ nostræ antiquæ, postquam semel eas a nobis abstulit Jesus super venerabile caput suum. (Origen., Hom. 35 in Matth.)

(3) Isai. LIII, 4 et seq.

(4) Non enim expectavit ut sibi a militibus imponeretur: sed viso salutis signo, ut fortis athleta lætus arripuit. (S. Thom. a Villan., Conc. 3. de S. Mart.)

expiar los deleites de los primeros padres con los dolores de la Cruz, llevándola sobre sus hombros, dice San Ambrosio con el Crisóstomo, como glorioso trofeo de su victoria (1). Llega al árbol el segundo Adan y estiene la primera mano, que al ser clavada hace cautiva á la muerte, alarga la segunda y encuentra la vida, encuentra, dice San Gerónimo, lo que perdió el primer hombre al coger el fruto vedado (2).

Comió Adan del fruto satisfaciendo su gula y ansiando el deleite, y Jesucristo, expiando su exceso, bebe en la cruz la hiel y el vinagre hecho amarguísimo con la mirra. Con esta bebida, dice San Gerónimo, se extingue el jugo de la fatal manzana y se satisface la deuda de la sensualidad del hombre (3). Adan con sus hijos, escribe San Agustín, se entrega á la gula, y Jesucristo es atormentado con terrible sed. Aquellos buscan la dulzura de la fruta vedada, y este siente la amargura de la hiel con indecible padecimiento (4).

Apenas comió Adan la fruta, quedó consumado el pecado y sufrió sus amargas consecuencias; y para que en todo veamos la correspondencia entre la caída y la restauración, apenas siente Jesús la amargura de la hiel, exclama: *consummatum est* (5), es decir, explica Salme-

(1) Christus ergo crucem bajulans, jam trophæum suum victor attulit. (S. Amb., lib. 10 in Luc.) Et sicut victores, ipse in humeris portabat victoriæ signum. Quidam autem dicunt quod in illo loco, qui Calvariæ dicitur, Adam mortuus est et sepultus; ut in loco ubi mors regnavit, illic et Jesus trophæum statuerit. (S. Joann. Chrysost., Hom. 84 in Joann.)

(2) Hic figitur salus in ligno: extensio manus primæ ad lignum mortem apprehendit: extensio manus secundæ vitam quæ perierat invenit. (S. Hieron. vel incert. in Marc., c. 14.)

(3) Hoc aceto succus lethalis pomi abstergitur. (Id. id.)

(4) Ego gulæ parui, tu inedia afficeris. Ego pomi dulcedinem, tu fellis gustas amaritudinem. Ecce mea impietas et tua pietas. (S. August., Medit., c. 7.)

(5) Joan. XIX, 30.

ron, está pagada la deuda del hombre, está ya reconciliado con Dios, ha llegado á su colmo mi sacrificio y mi dolor, está cumplida la voluntad del Padre, y he llegado al término de la obediencia, de la humillacion y del tormento para deshacer la obra del orgullo, de la desobediencia y de la sensualidad de los primeros padres, y somos instituidos herederos de la justicia y de la vida eterna, mejor que por el pecado de Adán, lo fuimos del pecado y de la muerte (1).

¡Qué analogía, Señores, y qué contraste á la vez entre el paraíso y el Calvario, entre Adán y Jesucristo! Hé aquí por qué San Epifanio contempla al Salvador en el acto de morir, y le ve descender al limbo donde Adán con todos los justos esperaba el día de su libertad, y pone en su boca estas palabras dirigidas al primer padre: Levántate, y ven conmigo, porque tú en mí y yo en ti, somos como una misma persona. Por ti, yo tu Dios, me hice tu Hijo; por ti, Yo tu Señor, tomé la forma de esclavo; por ti, que fuiste arrojado del huerto del paraíso, entré yo en otro huerto para ser vendido y crucificado. Mira las salivas en mi rostro; las he recibido para restituirte tu primera hermosura. Mira las bofetadas en mis mejillas; las he sufrido para devolvarte la belleza de mi

(1) Consummatum est, videlicet mundi et hominis debitum quod enim Deo habebat.... pacificatum est, nam Deus reconciliatus est homini, homo cum angelo, judæus cum gentili; denique, spiritus cum carne.... Consummatum est quicquid Deus per Messiam hominibus administrari voluit, quia implevit omnem Dei voluntatem, promissionesque Dei omnes de reconciliando sibi mundo, et a captivitate dæmonis liberando: ipse præstitit omnem obedientiam et justitiam, ad debitum inobedientiæ Adæ et filiorum suorum extinguendum. Ipse absolvit testamentum suum atque complevit, in quo justitiæ suæ et vitæ æternæ hæredes instituimur, multo potentius quam per Adæ peccatum fuimus instituti hæredes peccati et mortis. (Salmer., lib. X in Evang., tract. 45.)

imágen que desfiguraste. Mira los azotes en mis espaldas; son el peso de tus pecados, que tomé sobre mí para descargarte. Repara mis manos clavadas en la cruz, por ti que alargaste tu mano al árbol prohibido. Repara mis pies en la cruz clavados, por los tuyos que corrieron hacia el funesto árbol. He gustado la hiel para sanar tu sensualidad, escitada por la dulzura de aquel fruto; he tomado la esponja, para borrar el decreto que te condena; he tomado la caña como pluma, para firmar tu libertad; y he muerto en fin, para sacarte del sueño del pecado y de la muerte (1).

Admiremos, Señores, el misterioso contraste, y para verle más claramente, examinemos las consecuencias de la obra de Adán y de la de Jesucristo.

(1) Exurge, abeamus hinc: tu enim in me, et ego in te, una et indivisa sumus persona. Propter te ego Deus tuus, factus sum filius tuus: propter te Dominus servilem tuam formam sumpsi: propter te, qui sum supra cælos, veni in terram et subter terram: propter te qui ex horto egressus es, ex horto judæis traditus, et in horto crucifixus sum. Aspice faciei meæ sputa, quæ quidem propter te suscepi, ut te in pristinum illud spiraculum restituerem. Aspice genarum mearum alapas, quas sustinui, ut distortam et depravatam speciem tuam ad priorem imaginis meæ rectitudinem reducam. Aspice tergi mei flagellationem quam suscepi, ut dispergerem peccatorum tuorum onus, quod tergo tuo impositum est. Aspice clavis bene affixas manus meas propter te, qui ad lignum male quondam extenderes. Aspice pedes meos affixos et perfossos in ligno propter tuos pedes, qui male cucurrerant ad lignum inobedientiæ sexta die. Qua die sententia in te dicta fuerat, eadem et tua reformatio et paradisi apertio meo est labore perfecta. Gustavi propter te fel, ut tuam per escam illam dulcem, amaram voluptatem sanarem. Gustavi acetum, ut tuæ mortis acerbitem, et quod naturæ adversatur poculum destruerem. Suscepi spongiam ut delerem chirographum peccati tui. Suscepi et calamus, ut humano generi libertatem subscriberem. (S. Epiphani., in sepultur. Domini.)

## SEGUNDA PARTE.

La pena del pecado está en el pecado mismo. Por ello, en cuanto lo cometieron los primeros padres, sintieron sus fatales consecuencias. La vergüenza y el temor se apoderaron de ellos, y los que ántes se presentaban á su Criador con la serenidad de la inocencia, se confunden, y temen ahora, por el rubor de la culpa. Esta vergüenza y este temor toma sobre sí Jesus, para librar-nos de él. Apenas entra en el huerto, se postra en tierra, dice el Evangelio: empieza á temer y á sentir angustioso tédio, que oprimiendo su corazon le hace sudar copiosa sangre (1).

¿De dónde esa confusion y vergüenza de los primeros padres, que les hace huir de la vista de Dios? Adan lo dice: Temí, Señor, porque estaba desnudo (2). Esta desnudez no es solo corporal, sino tambien espiritual. Abriéronse sus ojos con la fatal comida, dice San Agustin, y conocieron su estado, y viéronse desnudos de la gracia que antes los vestia, y no les dejaba fijarse en su desnudez exterior. Ahora se afanan por ocultar á Dios esa desnudez, que ellos mismos no pueden soportar, porque les descubre el estado infeliz de su alma, privada de la gracia por su pecado (3), y para ocultarla, cúbrese

(1) Matth. XXVI, 37.—Luc. XXII, 44.

(2) Gen. III, 10.

(3) Cognoverunt quia nudi erant, nudati scilicet ea gratia qua fiebat ut nuditas corporis nulla eos lege peccati menti eorum repugnante confunderet. (S. August., *De Civit. Dei*, lib. 14, cap. 17.) Mox ut præceptum transgressi sunt, intrinsicus gratia deserente omnino nudati.... in sua membra oculos injecerunt. Ad hoc aperti sunt oculi, ad quod antea non patebant. (*De Gen. ad litt.*, lib. 11, cap. 31.)

con hojas de higuera, vestido de irrisión y de penitencia, y corren á esconderse entre los árboles del paraíso (1).

Jesucristo, que toma sobre sí nuestras iniquidades, pasa tambien por la vergüenza y la confusion de la desnudez. Vedle en el pretorio. Desnúdanle los soldados, y por escarnio, le visten un manto viejo y roto de púrpura (2). *Ecce homo*, dice Pilato (3). Hé ahí al hombre: héle ahí en toda su miseria, en toda su debilidad, en el oprobio y la irrisión, en la vanidad de sus grandezas, en el tormento de sus pompas, que no cubren sino llagas sin ocultar su desnudez (4). Miradle en la cruz. Tambien sube á ella desnudo, despojándose del vestido de nuestros pecados, dice San Atanasio, para darnos en cambio vestidos de vida y de incorrupcion (5). Desnudo sube, añade San Ambrosio, para vencer y para entrar cual segundo Adan en el paraíso, de la manera que en él habitó el primero (6). Es vencido Adan, y busca vestido con que ocultar la ignominia de su derrota, Cristo, por el contrario, depone su vestido para vencer, poniéndose en lugar del vencido; y en vez de esconderse, quiere ser exaltado

(1) Gen. III, 7, 8.

(2) Joann. XIX, 2.

(3) Id. id., 5.

(4) *Lamennais*, Ensayo sobre la indiferencia.

(5) Exuebat vestimenta sua. Decebat enim cum hominem introduceret in paradysum exuere tunicas, quas Adam acceperat cum e paradiso ejiceretur. Cum enim ille peccasset, ac deinde moriturus esset, accepit pelliceas tunicas ex morticinis animalium factas, insigne notamque mortalitatis ob peccatum sibi inflictæ. Cæterum Dominus omnia nostra propter nos recipiens, induit ea, ut rursus exueret, et pro istis nos vestiret vita et immortalitate. (S. Athanas, *Serm. in Pass. et Cruc.*)

(6) Refert considerare Dominum, qualis crucem ascendit. Nudum video. Victus est Adam qui vestimenta quæsit, vicit ille qui tegumenta deposuit. Qualis in paradiso homo primus intraverat, talis ad paradysum homo secundus intravit. (S. Ambros. *in Luc.*)